

# Editorial

Antonio Cornejo Polar

*Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú*

Desde que la crítica literaria problematizó su propio quehacer, descubriendo que no podía seguir realizándose sin una previa autorreflexión, epistemológica en último término, una aguda sensación de desconcierto, de frustración a veces, acompaña el ejercicio de sus varias modalidades. Si este rastreo interior va al fondo de las cosas y hurga en el sustrato último de la crisis que inocultablemente afecta a nuestra disciplina, queda en claro muy pronto que lo que está en juego es el estatuto científico del discurso crítico, o si se quiere, la validez del conocimiento que propone y, en definitiva, la legitimidad de su existencia misma.

Dentro de este contexto general, universalmente extendido, aparece una problemática aún más turbadora: la de la crítica literaria en Latinoamérica. En su base está la necesidad de articular coherentemente las cuestiones propiamente científicas de la crítica, ya de por sí inquietantes, con una realidad social que no admite la neutralidad de ninguna actividad humana —y menos de aquellas que, como la crítica, suponen una predicación sobre los problemas fundamentales del hombre.

Tal vez este último juicio cause extrañeza. En los últimos años viene siendo común, en efecto, la afirmación de la inmanencia como único horizonte legítimo de la crítica: cumpliríase ésta en la minuciosa descripción del funcionamiento interior de la obra literaria y en la revelación de su estructura intrínseca, al margen de cualquier proyección que exceda los límites objetivos del texto y al margen, también, de todo enjuiciamiento acerca de su formulación estética, su sentido o su funcionalidad social.

Las tesis inmanentistas son obviamente correlativas a una poética que a su vez, ahora con respecto a la obra misma, señala la radical autonomía del fenómeno literario, su enclaustramiento dentro del ámbito de un lenguaje que se dice a sí mismo. Principios claves del simbolismo y la vanguardia, que tuvieron su específica razón de ser en la dialéctica de un proceso histórico concreto, el de la literatura occidental de fines del

siglo pasado y primeras décadas del presente, resultan ahora universalizados y alcanzan rango teórico sobresaliente.

Sin duda, aquí se encuentra la raíz del problema de la crítica literaria contemporánea. No la crítica toda, es cierto; pero sí su sector hoy más visible parece embelesado con ciertos progresos de disciplinas limítrofes, en especial de la lingüística y la antropología, y dispuesto a sacrificar su contenido humanístico al servicio de un conocimiento cada vez más formalizado, sin duda, pero también cada vez más inútil. Frente a los nuevos requerimientos de rigor científico, y en oposición a las graves deficiencias del historicismo y del impresionismo, esta nueva crítica viene optando por lo que en último término equivale a la sustitución del objeto materia de estudio. Su estrategia básica consiste en abstraer del universo literario sólo aquello que resulte posible de conocimiento a través de una metodología muy formalizada, con lo que se deja de lado sectores fundamentales de la literatura y se invierte el orden de las necesidades del desarrollo de la crítica. Mucho se pierde si el rigor científico ilumina niveles finalmente accesorios, dependientes, y elude una y otra vez lo que es el fundamento de la literatura: su condición esclarecedora de la aventura terrena del hombre. Se trata de afirmar lo que no debería haber dejado de ser evidente: las obras literarias y sus sistemas de pluralidades son signos y remiten sin excepción posible a categorías supraestéticas: el hombre, la sociedad, la historia.

Es tarea principal de la crítica, entonces, descifrar el sentido de esa predicación cuyo sujeto primario es el mundo; en otros términos, revelar qué imagen del universo propone la obra a sus lectores, qué conciencia social e individual la estructura y anima. No se trata de averiguar el grado de fidelidad de la representación verbal con respecto a sus referentes de realidad, pues de ser así la última palabra debería esperarse de las ciencias sociales o emerger de una disputa impresionista acerca de «cómo es realmente la realidad», sino —fundamentalmente— de iluminar la índole, filiación y significado de esa imagen hermenéutica del mundo que todo texto formula, incluso al margen de la intencionalidad de su autor. Esa imagen no es nunca ni individualmente gratuita ni socialmente arbitraria.

Este objetivo redobla su importancia en el caso de la crítica literaria latinoamericana, no sólo porque la literatura latinoamericana está sustantivamente ligada desde sus orígenes a una reflexión sobre una realidad que unánimemente se considera deficitaria, sino, también, porque las imágenes que instaura contienen con frecuencia postulaciones proyectivas: hay en la literatura latinoamericana, en efecto, una suerte de modelación propiciatoria que parece ensayar desiderativamente un mundo todavía no realizado. La crítica no puede soslayar estas categorías, ni científicamente —porque su propio objeto de conocimiento así lo exige— ni éticamente —porque el ejercicio de la crítica no es desligable de las opciones básicas de quien lo realiza.

Supuesto todo lo anterior, es claro que no cabe entender la constitución de la obra literaria como simple traducción de una imagen del

mundo previa e independiente. En realidad, esa imagen, inexplicable dentro del contexto general que la engloba, existe como fenómeno literario sólo en la medida de la concreción formal que la instaura. Confiérole ésta su especificidad, que la diferencia de otras artes, de otros modos del discurso lingüístico y de otros productos literarios, al mismo tiempo que le otorga una base material posible de ser incorporada al proceso de producción de objetos culturales. Hay que reconocer que la crítica imanentista viene desarrollando métodos cada vez más precisos en orden a la descripción de estas categorías formales, y es posible que, instrumentalizados dentro de la perspectiva propuesta, puedan resultar efectivamente esclarecedores. En todo caso, puestos en contacto de servicio con la tarea de revelar el sentido de las imágenes del mundo que provienen de la peculiaridad latinoamericana, estos métodos tendrán que perder el peligroso mimetismo que suele vincularlos, irrestrictamente, a modelos concebidos bajo el imperio de otras urgencias culturales y sociales.

Los problemas de la crítica son también, y en más de un sentido agudizados, los problemas de la enseñanza universitaria de la literatura. En uno y otro campo, y en ambos con apremio manifiesto, el gran reto consiste en asumir científicamente, con rigor creciente, la compleja totalidad del fenómeno literario. El impresionismo, que cree resolver el problema con consideraciones generales que apenas se solventan en uno que otro texto sagazmente comentado, y el cientificismo, que olvida todo lo que se resiste a sus requerimientos metodológicos, desfiguran por igual la tarea de la crítica y de la enseñanza de la literatura. No puede ocultarse, sin embargo, que las necesidades de una «crítica total» implican un extenso y esforzado proceso y que su realización plena es impensable en términos individuales. Se trata de una empresa múltiple, de verdad colectiva, sistemática, sin duda gradual y lenta.

La Universidad debería ser el lugar donde este proyecto resulte posible.